

HISTORIA Y CULTURA COMO FUENTES DE INVESTIGACION EN PSIQUIATRIA

RAÚL GONZÁLEZ ENRÍQUEZ
Académico de número

Como todo conocimiento, la psiquiatría ha pasado por un proceso cuyos ejes estructurales se han multiplicado, requiriéndose una teoría general que los armonice. Es evidente que la modificación de los conceptos médicos ha determinado nuevas perspectivas en la explicación de la patología mental. A partir de los estudios de Jackson y Pavlov, se encontraron las bases para una neurofisiología de la conducta, y es indudable que los progresos neuroquirúrgicos: interrupción de las vías frontotálamicas, topectomías frontales, ablaciones de núcleo amigdalino y otras más, constituyeron aportaciones casi experimentales al conocimiento del fenómeno mental, en sus vertientes sensorial y motora. Investigaciones de otra naturaleza, particularmente en el campo del metabolismo y nutrición celular encefálica, así como la aplicación de las teorías de Seyle, permitieron considerar nuevos capítulos de etiología. Los estudios de Jennings autorizan a considerar el papel de la herencia en toda su extensión, desde el papel del contorno en la constitución genética hasta el planteamiento teórico de cómo reconocer a los portadores normales de genes defectuosos.

Después de que las ciencias físicomatemáticas fueron introducidas al estudio médico en los modestos coeficientes de correlación, su aportación ha sido plenamente audaz con la construcción de los servomotores de Maxwell. La cibernética, logrando los sistemas de *feed back*, pretende, y logra ahora, la explicación de complejas reacciones neurofisiológicas y se produce la maravilla de las tortugas mecánicas de Grey Walter. Y así sucesivamente, en lista casi interminable, se amplía el horizonte psiquiátrico en todas las modalidades del conocimiento.

* Trabajo reglamentario leído en la sesión del 29 de marzo de 1952.

Las fuentes de investigación consideradas, quedaban, sin embargo, dentro de las pautas clásicas correspondientes a la biología animal en su acepción más amplia, y cuando apareció el concepto de una medicina antropológica, se consideró necesario introducir nuevos elementos en el cuadro general de las explicaciones, que incluyeran la esencial categoría humana en toda su polifacía.

A mi modo de entender, Freud presentó el primer intento de teoría general sobre esta nueva ruta, aplicándola a las neurosis, aun cuando más tarde, como en el caso Schreber,¹ la hizo extensiva a las psicosis. Otto Rank, Ferenczi, Sachs, Jung, Fenichel y muchos investigadores más, continuaron presentando aportaciones, sin que apareciera una nueva teoría general hasta la que fué formulada recientemente por Harry Stack Sullivan.²

Considerada ya la psiquiatría como el estudio de las relaciones interpersonales, era imposible mantenerse alejado del fenómeno humano en su expresión histórica y cultural. Fué necesaria una demostración minuciosa de la influencia que los hombres tienen sobre los hombres, directamente o por medio de sus instituciones, para admitir que en el condicionamiento de la conducta, normal o anormal, es tan importante la estructura biológica como la societaria. Tal principio es de aceptación tan sólida en la actualidad, que un artículo de F. L. Kuntz es denominado *La constitución cultural del hombre*, en el que se plantea la posibilidad histórica de una persistente potencialidad constitutiva cultural inherente al ser humano. Lo que se sugiere como problema es la forma en que deba integrarse un estudio total de esa constitución, con el empleo de la psicología, la estética y la ética, la sociología y la religión.

En la introducción de su libro sobre cultura y personalidad, Linton³ afirma que el estudio sistemático de las relaciones entre el individuo, la sociedad y la cultura, es el progreso más reciente que ha logrado el hombre en su viejo esfuerzo de entenderse a sí mismo. Todos los intentos para conceptuar la personalidad colocan los factores sociales como trascendentes. Así, Kluckhohn y Murray,⁴ cuando hablan de los determinantes de la personalidad, enumeran los siguientes: los constitucionales, los determinantes que corresponden al grupo al que se pertenece, al status, la situación, la interdependencia, etc., realizándose el papel de lo societario y cultural en las reacciones formativas del hombre. A pesar de la enorme literatura sobre el particular, bien resumida en las revistas *Psychiatry*, de los Estados Unidos, y *Latino Americana de Psiquiatría*, editada por Bergman en Argentina, es seguramente la producción de Kardiner^{5,6} la que presenta mayor valor psiquiátrico de conjunto, lejos de ser exhaustivo, sin olvidar el libro de Holliday sobre medicina psicosocial.⁷

Convencidos de esta situación, y después de haber escrito *Pantalla cultural y trastornos mentales*,⁸ juzgamos que el estudio de los fenómenos culturales no sólo era motivo para ampliar la instrucción del psiquiatra, sino renglón de estudio indispensable, al mismo título que la fisiología del sistema nervioso. Era menester considerar que la dinámica de las relaciones familiares constituía un capítulo de tanto interés como el conocimiento de la topognosia.

Posiblemente guiados por los estudios de Fromm,⁹ consideramos al fenómeno histórico un complemento ineludible para la interpretación de los problemas psiquiátricos. Particularmente si, como Myres lo considera,¹⁰ tomamos a la historia como el estudio de los acontecimientos, el descubrimiento y la narración de lo que ha sucedido y, en su sentido más restringido, se aceptan las ciencias históricas como aquellas en que no podemos hacer experimentos, sino que nos limitamos a estudiar lo que sucede, en el orden temporal en que las cosas se suceden. De esta manera encontramos que médica y diariamente trabajamos con historia, ya sea individual, familiar o colectiva, y que nuestra experimentación sólo comienza con la terapéutica.

Leyendo con detenimiento libros que se refieren a interpretaciones mitográficas, fuente de ricas enseñanzas, como los de Geza Roheim,¹¹ advertíamos la falta de referencia histórica. Por eso cuando emprendimos el estudio de los mitos aztecas en nuestro trabajo sobre la imagen de la mujer en la cultura de México, nos decidimos a incluirla. Por un momento se podía pensar que el estudio de la cultura y de la historia sólo proporcionaba elementos teóricos y bases muy generales y teleológicas en su aplicación, pero pronto se pudo demostrar que no podía llegarse a ninguna conclusión válida en el precepto si no se cumplía con esa investigación.

Una vez dueños de ese conocimiento, hemos podido ver con toda precisión que la dinámica del clan, con sus particularidades matrilineales o patriolocales, con sus variaciones históricas, está presente en nuestros enfermos, incluso con mayor fuerza en algunas sociedades del sur de la República. Del estudio de la conducta, mitos y costumbres de los guajiros del norte de Sudamérica, hemos llegado a la más clara comprensión del síndrome de inmovilidad. Después de las informaciones verbales del profesor Recassens, sobre algunos indígenas del sur de Colombia, quienes tienen su primera relación sexual con su madre, nos vemos precisados a revalorar las ideas de Freud sobre el incesto.

Convencidos de que estas fuentes podrían sernos de gran utilidad y comprobándolo al estudiar lo histórico cultural de la sociedad azteca, llegamos a un postulado de importancia clínica, cuyo resumen presentamos y que en

la actualidad constituye un elemento de investigación aplicada a un grupo de esquizofrénicos que se estudian en la clínica del segundo año del curso de psiquiatría para graduados.

Como se apuntó anteriormente, el propósito original fué encontrar y describir psicodinámicamente la imagen de la mujer en la cultura de México. El programa se preparó con una investigación de dicha imagen en las culturas indígenas, eligiéndose tres: la azteca, la tarasca y la maya.

Es necesario advertir que se trabajó por primera vez en un tema semejante en forma de seminario en el que participaron alumnos de psicología de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela de Antropología y, posteriormente, profesores de la Escuela de Graduados. El método era original porque no tenía precedentes. Es verdad que estábamos familiarizados con las recomendaciones de Linton y de la Escuela de Antropología de Columbia, con los cuestionarios de Murdock¹² y con un seminario previo sobre costumbres funerarias en México, pero carecíamos de una pauta metodológica ya experimentada para casos semejantes.

El carácter pedagógico de la investigación nos obligó a enseñar previamente muchos significados terminológicos, tales como instituciones, materiales de una sociedad, función, status y otros. Se revisó el significado y formación de los símbolos y en la explicación dinámica del mito se le consideró: 1º, como expresión colectiva; 2º, de amplia capacidad funcional u operante en varios niveles (universal, cultural, societario); 3º, obedeciendo a mecanismos semejantes a los del sueño; 4º, los personajes a que se refiere son divinos y actúan en una región denominada, lo que sugiere su sentido histórico; 5º, su texto tiene un contenido religioso y forma parte de una creencia; 6º, tiene como función central exteriorizar los conflictos comunes en una sociedad, tal como necesidad de protección, temor al sexo opuesto, agresividad reprimida, etc., o recordar un suceso histórico deformado por la trasmigración simbólica.

Al considerarse como indispensable para la comprensión de un fenómeno en estudio lo relativo a la cultura total y a la ubicación histórica de la sociedad, se inició la recolección de datos que comprendieron: 1º, un esquema de los precedentes históricos de los pobladores del Valle; 2º, informaciones sobre la vida azteca y su cultura; 3º, referencias sobre el status de la mujer azteca, limitaciones, liturgias, tabúes, prohibiciones y costumbres que se le relacionaran; 4º, recolección de 20 mitos para registrar las incidencias de la figura femenina, sus caracteres y la función mitográfica.

El entrenamiento analítico se inició con el mito llamado "La Mujer de la Discordia", al que siguió el del "Nacimiento de Huitzilopochtli", y manteniendo una comparación del estudio societario con la mitografía, llegamos

a considerar los siguientes elementos de la mujer dentro del marco de la cultura azteca: 1º, temible; 2º, menospreciada; 3º, objeto de agresión; 4º, con representación jerárquica en plano ritual o litúrgico; 5º, con función doméstica; 6º, pasiva; 7º, objeto creador del hombre (paridora del hombre, madre del héroe).

Del material que sirve para justificar estos puntos se hará un análisis detenido para precisar la dinámica de tan compleja y contradictoria imagen. De todas maneras puede anticiparse que la génesis de esta contradicción es un elemento de inseguridad profunda, que requería condiciones de superficie cultural rígidas y severas. Precisamente así es la rigidez y severidad que domina toda relación humana en la cultura azteca, con un sentido social, el sacrificio.

Utilizando las fuentes proporcionadas por Caso, Vaillant Sahagún, Ceballos Novelo, Moreno, Lomelí Quiariarte y otros, se adelantó en la interpretación y se confirmó una sucesión histórica en la que parece anteceder a la cultura azteca, patriarcal, una época de influencia matriarcal propia del Valle, como lo demuestra la abundancia de idolillos femeninos en la cultura Copilco-Zacatenco. Según Vaillant,¹³ son "imágenes de barro horneado, representación de la diosa madre, de la fertilidad y la abundancia". Por otra parte, el mito de los soles señala la aparición de Quetzalcóatl en el sol de viento, con una probable representación religiosa de atributos matriarcales, que había de ceder, posteriormente, al empuje de una nueva religión patriarcal en la que se entroniza el dios masculino Huitzilopochtli.

Los datos anteriores nos debían servir, junto con otros, para situar una hipótesis a la que aludiremos después. Pero por lo pronto mencionaré que en el curso de nuestro estudio llamó mi atención un hecho repetido que, concretando, puede expresarse en una fórmula. La diferente categoría de la mujer presentaba dos aspectos: el que podría llamarse doméstico y que llamaremos, por lo pronto, relación ritual. Efectivamente, se comprobaron dos tipos de imágenes psicodinámicas de la mujer en la cultura azteca: la doméstica y la ritual. Respecto a la primera, función y trato eran considerados en un plano de subordinación, sumisión y menor valía; en la otra, formaban una categoría superior, dominante y hasta temible, a tal grado que no sólo en el panteón, sino en la vida pública adquirirían un singular valimiento. Tal era el hecho de que en una organización guerrera, militar y masculina, el jefe del Consejo era una mujer o un hombre ataviado con prendas femeninas (llamada Cihuacóatl y que tenía igual categoría que el emperador). De paso quiero recordar que Cihuacóatl es homología de Coatlicué, la diosa de la falda de serpientes, la deidad cuya representación escultórica es la más tremenda concepción del mundo religioso, ambivalente y terrible de los

aztecas; madre de la vida y expresión de la muerte, adorada en el mismo santuario que el dios masculino Huitzilopochtli.

Haciendo una cita teórica, señalamos a Morgan,¹⁴ que dice: "...es difícil resistir la conclusión de que los aztecas estaban organizados en gens y que, por lo menos, con respecto a este cargo (el jefe de las tribus), la descendencia todavía seguía la línea femenina". Y añadimos, igualmente, que las agrupaciones guerreras de águilas y tigres pueden significar tanto las ascendencias masculinas y femeninas de clan como un residuo matriarcal, ya que el nombre gentilicio de animal pertenece a la serie matrilineal. Para algunos tratadistas, la presencia de Cihuacóatl en el Consejo de la tribu es semejante a la de un "sachem" principal que se encarga de los asuntos civiles, de paz y, por lo que Morgan dice, puede suponerse que era un verdadero representante de las mujeres, en tanto que el llamado emperador lo era de los hombres. Debemos tomar en cuenta, sin embargo, que Cihuacóatl presidía igualmente el consejo de guerra al que se supone un carácter masculino. En esta situación veo, más que una ginecocracia, un derecho materno, en el sentido de Bachofen.

A reserva de añadir pruebas y otras consideraciones sobre tema tan importante, pudimos concebir la idea de que en la organización azteca, ejemplo de sociedad patriarcal, había residuos poderosos de sistemas matriarcales de mucha consideración. Esta hipótesis explica la aparente contradicción de hechos aislados que de esta manera adquieren coherencia significativa en la explicación de la estructura social. La revisión de nuevos hechos culturales y clínicos nos condujo, sin esfuerzo, a otra consideración de gran importancia teórica.

Inspirados en las ideas de Morgan, de Bachofen y de Fromm, particularmente en la interpretación unitaria que éste hace de la trilogía edípiana, es decir, Edipo Rey, Edipo en Colona y Antígona, postulamos una nueva interpretación de conflicto básico en la coexistencia en la sociedad azteca (y aun en las occidentales de diferentes partes y épocas) ¹⁵ de los sistemas matriarcales y patriarcales.

Nuestra consideración esquemática es la siguiente:

Juzgamos como un error que nuestras sociedades sean simplemente de tipo patriarcal y pensamos que no sólo hay residuos de sistemas matriarcales, sino que éstos, juntamente con los sistemas anímicos y de pensamiento que representan, tienen una presencia y dinamismo actuales, poderosos y significativos. Que nuestra sociedad se encuentra en una transición entre los dos sistemas, como está en transición entre dos tipos culturales, el agrícola y el urbícola (posiblemente el primero represente más la potencia matriarcal).

Podemos sugerir que los primeros años de la vida están regidos mentalmente por un sistema doméstico y matriarcal, ya que la vivienda en común, a base de gens, daría al de las madres un definitivo ascendiente (derecho materno de Bachofen). En el sistema matriarcal aun el padre es mirado como hijo o absorbido por el clan materno y, dentro del hogar, queda sometido a regulaciones domésticas y con muchas características de hermano mayor. Estas normas son tan poderosas que determinan posiciones psiquiátricas difíciles de violar. El conflicto básico se origina en que el hombre se ve obligado societariamente a pasar de un sistema matriarcal a uno patriarcal, sin capacidad bastante para desempeñar su papel en el segundo sistema, es decir, el patriarcal. Psicológicamente tiene que asumir el papel de padre, sin estructura suficientemente fuerte para hacerlo; de aquí su dependencia global o parcial hacia la madre, hacia el clan matrilineal, a quien suele subordinarse consciente o inconscientemente.

Por una parte, pertenece psicológicamente a un sistema matriarcal, y por otra la exigencia societaria y cultural para que pertenezca y conduzca su actividad dentro del sistema patriarcal le origina dificultades cuya solución empieza a plantearse al comenzar la adolescencia, cuando los planes teóricos patriarcales tienen que hacerse efectivos. Durante muchos años, no menos de doce regularmente, la vida del ser humano está sometida a una organización doméstica, cuya estructura y reinado, según apuntamos, pertenece al sistema matriarcal, incluyendo al padre. No debe extrañarnos que el esfuerzo para incorporarse a otro sistema, el patriarcal, constituya un problema psicológico tan interesante en lo real como en lo teórico. La forma en que se resuelve este conflicto marcará una etapa de gran importancia y será motivo de que se revise el complejo de Edipo, en forma bien distinta de la sexual.

Con esto quiero sugerir que el llamado complejo de Edipo es la resolución no solamente de un problema sexual (Freud), de autoridad o protección (Fromm), sino de adecuación a sistemas vitales de más amplia regulación y mayor complejidad, a saber, el paso de una vida dentro del sistema matriarcal al de un sistema patriarcal. La fijación a la madre, a los subrogados maternos, la fijación homosexual al progenitor, etc., significan la adhesión psicológica a un texto sistemático de tipo matrilineal, cuyo contenido es más que una relación erótica personal y nos explica por qué tiene su ángulo crítico en la adolescencia, cuando la vida exige el abandono de las antiguas leyes tribales. El ser hombre, el ser mujer, en nuestra sociedad, significa serlo bajo los nuevos moldes del sistema patriarcal con todas sus implicaciones, actitudes y responsabilidades. La inmadurez, tan frecuente en nuestra época y tan cerca del concepto de lo neurótico, puede representar

la incapacidad de adoptar las posturas requeridas en el sistema patriarcal y acogerse, en fijación, a los moldes del matriarcado, predominio de la madre, de lo sobrenatural y de la dependencia.

Sobre estas bases nuestro actual estudio clínico ha tomado tres direcciones para aclarar la posición teórica que mencionamos: 1º, el estudio caracterológico de las madres esquizofrénicas; 2º, el mismo estudio en los padres, y 3º, las modalidades de sistema patriarcal que pueden descubrirse en las constelaciones familiares de nuestros enfermos.

RESUMEN

El autor hace hincapié en la importancia que para la psiquiatría tienen las investigaciones histórica y cultural.

Ha estudiado, en especial, las condiciones sociales y culturales prevaletentes en las tribus primitivas del Valle de México y la influencia que han tenido sobre el individuo y su desarrollo psicológico la transición de un sistema patriarcal a uno de matriarcado.

SUMMARY

The author stresses the importance of historical and cultural investigation from the viewpoint of psychiatry.

He has endeavored himself, in particular, to the study of the social and cultural conditions prevailing in early Mexican tribes, and the influence which the transition from a matriarchal society to a patriarchal one exerts on the individual and his psychological development.

BIBLIOGRAFIA

1. Freud, Sig.: Freud, Obras completas, Ed. Biblioteca Nueva, 1948.
2. Stack Sullivan, Harry: Concepts in Modern Psychiatry. 3º ed. The W. A. W. Psychiatry Found, 1947.
3. Linton, Ralph: Cultura y Personalidad. Ed. Fondo de Cultura, 1945, pág. 11.
4. Kluckbohn y Murray: Personality in Nature, Society and Culture. Ed. Knopf, 1950, pág. 35 y siguientes.
5. Kardiner, Abraham: El hombre y su Sociedad. Fondo de Cultura, 1943.
6. Kardiner, Abraham: The Psychological frontiers of Society. Ed. Columbia University Press. 45 edición, 1948.
7. Holliday, James: Psychosocial Medicine. Ed. Norton, 1948.
8. González Enriquez, Raúl: Pantalla cultural y trastornos mentales. III Congreso Internacional, París, 1950.
9. Fromm, Erich: Escape from Freedom. Ed. Rinehart, 1941.

10. Myres, J. L.: El amanecer de la Historia. Ed. Fondo de Cultura, 1950, pág. 7.
11. Robeim, Geza: The eternal ones of the dream. Ed. International Universities Press, 1945.
12. Murdock: Guía para la investigación antropológica. Ed. Columbia.
13. Vaillant, George: La Civilización Azteca. Fondo de Cultura, 1945, pág. 51.
14. Morgan, Lewis: La Sociedad Primitiva. Ed. Lautaro, pág. 199.
15. Scribnes, Armstrong: History of Greece. Ed. Scribnes y Armstrong. Trad. de Ward. Tomo 1, pág. 94.